

del raudal de Guaharivos (lat. bor. 1° 15', lonj. 67° 38') se juntan con la serranía de Pacaraina o Pacaraimo, que separa las aguas del Caroni i del Rio-branco, i abunda de talcos, que por su brillo plateado hizieron gran papel en la fábula del Dorado de Raleigh. La parte de esta serranía en que nazen las fuentes del Orinoco es desconozida; su prolongacion oriental corre entre las aguas vertientes del Rio-branco i las del Esequibo.

Otra rama del grupo de la Parime es la serranía de Usupama i de Rinocote que corre entre el Cuyuni i el Caroni, i atravesando el Mazaruni, tributario del Esequibo, forma en este último gran número de cataratas al S. del paralelo de 5° 30'.

Partiendo del extremo oriental de la serranía de Pacaraimo, se encuentra hacia el E. otra que los misioneros llaman de Acarai i de Tumucuraque, i cuyo rumbo parece ser O. E. entre las vertientes del Esequibo i las del Urixamina o rio Trompetas. Sus contrafuertes meridionales llegan hasta 15 leguas de distancia del Amazonas; los septentrionales avanzan en la Guayana holandesa i francesa hasta 20 o 25 leguas de la costa, i no se conozen bien sus límites.

Tales son las noticias recojidas por M. de Humboldt sobre el grupo de la Parime, que ocupa una estension 19 veces mayor que la de la Suiza, i descansa sobre un suelo lijera-mente abombado, pues sus llanos entre los 3° i 4° de latitud boreal se elevan a veces a 160 o 180 toesas sobre el nivel del mar. Pero lo que caracteriza principalmente estos montes son las rocas graníticas que dominan en ellos, i aquellos bancos de piedra viva que a flor de tierra ocupan inmensos espacios en las savanas.—A. B.

X.—*Estractos del Viaje del Capitan Head por las Pampas de Buenos-Aires i la Cordillera de Chile**. 1.—*Costumbres de los Gauchos.*

La situacion del gaucho tiene poco que ver con las turbaciones políticas que hazen tanto ruido en las ciudades vecinas. Su número es corto, i viven esparzidos sobre una vasta superfizie. Tienen buenos modales, i sentimientos a veces elevados. Habitan por lo jeneral la choza que los vió nazer, i en que vivieron ántes de ellos sus padres i abuelos, por mas que la tal choza parezca a los estranjeros desnuda de casi todos los atractivos domésticos. Sus habitaciones tienen todas una misma traza, i esa sencillísima; pues aunque el lujo varíe al infinito la forma i elevacion de los endebles edificios que destina al abrigo de huéspedes aun mas endebles, la choza es en todas partes una misma cosa, i entre la del gaucho i la del montañés de Escocia no hai mas diferencia que ser la primera de barro, cubierta de una larga paja amarilla, i la segunda de piedra, techada de brezo. Los materiales de ambas son inmediatamente subministrados por el suelo que ocupan, i ambas armonizan de tal modo con el aspecto del pais, que muchas veces no es posible distinguirle de ellas; i como en América se anda regularmente a todo galope, i el terreno es llano, el caminante no echa de ver la habitacion hasta llegar a la puerta. El corral está a 50 o 60 varas de ella, formando un círculo de 30 varas de diámetro, con una fuerte valla de palos sin labrar, clavados en la tierra por uno de sus extremos, i en que regularmente posa una bandada de perezosos vuitres, atraidos del olor infecto de los caballos muertos, huesos, cuernos, lana, etc. que cubren la tierra al rededor.

* *Rough Sketches*, etc. Véase el boletin bibliográfico.

La choza se reduce a un solo aposento en que vive la familia, hombres, mujeres i niños, todos apiñados. La cocina está a pocas varas de distancia, i ni en el techo, ni en las paredes de la habitacion, faltan jamas grietas i agujeros. Como en la estacion del calor está enjambrada de pulgas i de una especie de chinches tan grandes como nuestros escarabajos, se prefiere dormir al raso; de modo que si el viandante llega de noche, i despues de desensillar su caballo, busca sitio en donde acostarse, puede colocar su aparejo de dormir junto al compañero o compañera que mas le acomode. El admirador de la inocencia se echará junto a un niño de pechos; el melancólico preferirá la ancianidad; i el que guste de los atractivos de la parte mas bella de la creacion, pondrá bonitamente la silla de montar que ha de servirle de almoadas, a pocas pulgadas de distancia del ídolo que adora: bien entendido que los piés i tobillos del adormezido grupo es lo único que determinará su eleccion, porque lo demas del cuerpo está envuelto en pieles i ponchos.

En el invierno se duerme puertas adentro. Luego que la cena del caminante está pronta, se trae a la choza el asador de palo en que han asado la carne, i se clava la punta en el suelo: el gaucho ofrezce a su huesped una calavera de caballo, que haze las veces de silla; i la familia ocupa otros asientos de la misma especie entorno al asador, de que cortan con largos cuchillos grandes pedazos de carne. Todo esto pasa a la débil luz de una lámpara de sebo de vaca, i al abrigo de una lumbre de carbon. De huesos clavados en la pared penden frenos i espuelas, lazos i bolas. Divísanse varios bultos por el suelo, i al irme a sentar en algunos de ellos, me ha sucedido hazer gritar a un niño que dormia, o ver saltar un disforme mastin. El gallo ha llamado muchas veces la aurora encaramado sobre mi espalda.

La vida del gaucho es curiosa en estremo. Recien nacido se le meze en un cuero colgado del techo. El primer año

gatea desnudo. Sus primeros juegos son un ensayo de su vida futura: pónesele un lazo de mimbres en la mano, i con él se adiestra a cojer pájaros i perros. A los cuatro años se le monta a caballo, i desde entónces empieza a ser útil, ayudando a encerrar el ganado. Sus pasatiempos i ocupaciones son cada dia mas varoniles. Sin temor de los vizcacheros (madrigueras que haze en el suelo el animal llamado vizcachá*, i de que están minadas aquellas llanuras, ocasionando mucho peligro al que corre a caballo) galopa en seguimiento de los avestruzes, gamos, leones i tigres; † doma los potros, enlaza las reses bravías, i las lleva al corral para matarlas o herrarlas. En estos menesteres pasa a veces muchos dias ausente de casa, mudando de caballo luego que se le cansa el que lleva, i durmiendo al aire. Como se alimenta constantemente de carne i agua, adquiere una constitucion vigorosa, capaz de soportar las mayores fatigas, permaneziendo tanto tiempo a caballo, i haziendo tales jornadas, que parece increíble. La ilimitada independencia de que goza, i que ama con pasion, enjendra sentimientos de libertad tan nobles como inocentes, aunque modificados por su modo de vivir errante i salvaje. En vano seria hablarle de los bienes i regalos de otra vida mas culta: sus ideas no le permiten concebir que haya cosa mas digna del hombre, que alzarse de la tierra i cabalgar: la falta de un caballo no la compensan en su estimacion ricos vestidos ni manjares esquisitos; i la huella del hombre estampada en el suelo le parece una señal de degeneracion.

* Pequeño cuadrúpedo algo parezido a la marmota, i de costumbres análogas a las del conejo.

† No creemos que haya en aquella parte de América animal alguno que represente al leon del mundo antiguo. Lo que se llama allí tigre es el jaguar (*Felis onza* Linn.)

Los que le ven a la puerta de su pobre posada con los brazos cruzados, terciado el poncho a guisa de capa española, i la choza hecha una criba, cuando bastarian dos o tres horas de trabajo paro hazérsela cómoda i abrigada; los que observan que en un clima tan bello careze de frutas i hortalizas, que rodeado de ganado no tiene leche que beber, que no come pan ni conoze mas alimento que carne i agua; comparando su vida con la del campesino de Inglaterra, le acusan de indolencia; pero la comparacion es inaplicable, i la acusacion injusta. Cualquiera que viva con el gaucho i le acompañe en sus correrías, léjos de juzgarle indolente, se admirará de que tenga aguante para resistir una vida tan laboriosa. Si careze de regalos, tampoco siente necesidades: acostumbrado a dormir al raso i sin mas cama que la tierra, no le pasa por la imaginacion que una pared horadada sea un mal.

El carácter del gaucho es a veces mui estimable. Su choza está siempre abierta al caminante. Recibe a sus huéspedes con un agrado i una dignidad natural, que nadie esperaria del habitante de tan humilde albergue. Siempre que entraba yo en una de ellas, se levantaba el gaucho de su asiento para ofrezérmele; yo me escusaba, él insistia, i despues de recíprocos cumplidos i cortesías, me veia yo precisado a aceptar la oferta, que era una calavera de caballo. Es curioso ver a los gauchos quitarse invariablemente el sombrero uno a otro, para entrar en una cabaña casi destechada, sin ventana, i con una puerta de cuero.

La vida del gaucho es a caballo. Cuando se trata de bautizar a un niño, se le lleva de este modo a la iglesia. El novio sienta la novia a las ancas, para ir a recibir la bendicion nupcial; i en los entierros todos van a caballo, incluso el difunto.

2.—*Mina de San-Pedro-Nolasco.*

El valle de Maipo es famoso en Chile por su amenidad. Ceñido de ambos lados por las áridas faldas de la cordillera, sigue el curso serpentina del torrente o rio que le da el nombre, i, aunque *no cultivado*, le adorna gran variedad de arbustos floridos i de frutales.

Atravesamos leguas enteras pobladas por una i otra parte de árboles cargados de cerezas maduras, i de duraznos bajo cuyo peso se doblaban los ramos al suelo.*

La tierra estaba cubierta de huesos de duraznos de la cosecha anterior, i seguramente hai millares de estas plantas cuyos dones jamas han llegado a los labios del hombre. Aunque la tierra produce abundancia de árboles mayores i menores, no vimos en ella la menor señal de pasto, que en un clima cálido no puede existir sin riego.

Despues de haber andado como 30 millas, pasamos el Maipo por un puente suspensorio de sogas de cuero, cuya construccion examiné con cuidado, i me pareció en todo semejante a la de los puentes de hierro que habia visto en Inglaterra, sin embargo de existir este allí de tiempo inmemorial. Como el rio estaba a la sazón crecido, el agua saltaba impetuosamente por encima, haziéndole inclinar de un lado. Nuestras mulas mostraban poca inclinacion a pasarle, i yo ciertamente lo hubiera creído peligroso, si un hombre que se dejó ver del otro lado no nos hiziera señas que pasásemos. El puente se dobló bajo nuestro peso, i el agua se estrelló con gran fuerza contra las caballerías, pero estas car-

* El capitán Head debió de pensar que el suelo daba espontáneamente estas cosechas. La verdad es, que el valle de Maipo es uno de los mejor cultivados de toda la América. Si el señor Head hubiera transitado por allí algunas semanas ántes, le hubiera visto cubierto de ricas mieses. Pero quizás hubiera creído que se nazián sin cuidado ni dilijencia alguna.

garon el cuerpo en direccion contraria, i llegamos al otro lado sin accidente. A la vuelta le pasamos a oscuras.

Habiendo seguido nuestra jornada cuatro millas, llegamos a un pequeño establecimiento en que se trabajan los minerales de San-Pedro-Nolasco, i se ejecuta la interesante obra de la amalgamacion; i allí pasamos la tarde i la noche con intento de observarle.

Sin meternos a describir el establecimiento, baste decir que la disposicion de los trabajos nos parezió bastante ingeniosa i económica, i que aunque no se han aplicado a ellas (ni debia esperarse) muchos de los inventos mecánicos que requieren un gran capital, el plan en lo jeneral era tan bueno, como permitian los recursos del pais para la reduccion i amalgamacion de minerales en pequeña escala, consultando la economía.

El dia siguiente ántes de amanecer continuamos nuestra jornada a San-Pedro-Nolasco, siguiendo por cuatro o cinco horas el hilo del rio. El valle era cada vez mas angosto, los árboles i matas ménos vigorosas, i los Andes empinaban al rededor de nosotros sus cumbres nevadas. La senda presentaba a cada paso peligros infinitamente mayores que en parte alguna de la cordillera en el camino de Mendoza a Chile. Las laderas solo dejaban un trecho de pocas pulgadas de ancho, cubierto de piedras tan flojas, que a cada instante se desprendian bajo los cascos de nuestras mulas, i se precipitaban con acelerada violencia al torrente. Yo hubiera de buena gana echado pié a tierra, pero las mulas no se dejan llevar de diestro, i ademas cuando uno se encuentra en la ladera a caballo, es imposible desmontar por falta de espacio, i el intentar lo haria tal vez que perdiera su equilibrio la mula, i se despeñara a la profunda sima que servia de cauce al torrente. En algunos lugares, el agua habia derrumbado la ladera, i no quedaba rastro de senda, de modo que la mula tenia que trepar por un plano inclinado para recobrarla; pero es singular la seguridad con que pisa este animal, i para apreciarle en su justo

valor, es preciso verlo en la cordillera. Despues de pasar con gran dificultad dos o tres rapidísimos torrentes, que se precipitaban de los Andes, i mezclaban sus aguas con las del Maipo, llegamos a uno que parecia aun mas peligroso que los anteriores, i no habia medio, sino atravesarle o volvernos a Santiago. Tratamos de hazer que las mulas que iban sueltas le pasasen primero, pero no bien metió una de ellas los piés en el agua, la arrebató la corriente, i a ménos de veinte varas de allí fué hecho pedazos el cajon que llevaba a cuestras. Atámonos pues con sogas i espoleamos; pero tales eran los hoyos, que no pocas vezes cubria el agua el cuello de la mula. Estos pobres animales tienen gran miedo a los torrentes, i solo a espaldas se les puede hazer entrar en ellos, i aun entónces sucede que llegando al medio de la corriente, resisten pasar adelante. Cuando el agua es profunda, los arrieros se enlazan unos a otros, como lo hizimos nosotros en esta ocasion; aunque, a decir verdad, yo nunca pude comprender que eso diera seguridad alguna, porque si el torrente haze añicos un cajon de madera, por qué no el cráneo de un hombre?

Porfin nos vimos con harta satisfaccion nuestra en la orilla opuesta, i empezamos a trepar el cerro de San-Pedro-Nolasco, que solo describiré diciendo es el mas escarpado que se nos ofreció subir en todas nuestras expediciones por los Andes. Cinco horas anduvimos asidos de las orejas de nuestras mulas, i tan pendiente era en algunas partes la senda, que no podiamos en mucho tiempo hazer alto. Presto dejamos a la espalda los límites de la vejetacion. El camino (que a vezes no se parecia) iba haziendo puntas a un lado i otro, i si alguna de las mulas que iban delante, o mas propriamente, encima, se hubiera deslizado o caido, era necesario que rodara sobre nosotros i nos llevara cerro abajo.

Durante la subida, preguntábamos continuamente al arriero, si el punto mas alto que descubriamos era la cima, pero en llegando a él, encontrábamos que aun restaba mas que subir. En esto empezamos a ver a un lado i otro mon-

toncitos con pequeñas cruces de palo, que señalaban los parajes en que había perezido jente de la mina, sobrecojida por las tempestades. Por fin llegamos a la cima, cerca de la veta de plata de San-Pedro-Nolasco, situada en uno de los mas empinados picos de los Andes. Ofreziósenos a la vista una pequeña i desamparada choza, de donde nos salieron al encuentro dos o tres mineros, cuyo triste i macilento semblante estaba en perfecta armonía con la escena que nos rodeaba. La perspectiva desde aquella eminencia era grandiosa. . . . era sublime; pero tan terrífica al mismo tiempo, que no pudimos contemplarla sin estremezernos.

Aunque estábamos en la mitad del estío, la nieve que pisábamos tenia, segun nos dijo el mayordomo de la mina, de 20 a 120 piés de profundidad, i amontonada por el viento en pilas de formas sumamente estrañas, dejaba a trechos descubierta la roca, que era de color oscuro. Abajo alcanzábamos a ver el rio i valle de Maipo, engrosado por una multitud de arroyos tributarios, que bajaban como hebras de plata por las quebradas. Mirábamos a vista de pájaro la gran cordillera erizada de picos de varias e indefinibles figuras, todos encapotados de nieves eternas; i por ninguna parte descubriamos vestijios de verdura: la perspectiva que se nos presentaba era una escena de universal desolacion, cuya magnificencia misma daba grima; miéntras reflexionando que aun esta vasta masa de nieve, tan desapazible a la vista, habia sido destinada al servicio i bienestar i aun regalo del hombre, pues ella, como un inagotable depósito, abastecia de agua los valles, reconociamos que en realidad no hai en la creacion parte alguna que pueda llamarse estéril, aunque haya muchas que la naturaleza no ha destinado para habitacion de la especie humana. Una espesa nube de humo salia de uno de los picos, que era el gran volcan de San-Francisco; i la veta de plata en que estábamos parecia dirigirse hacia el centro del cráter.

Como era entónces estío, no pude dejar de reflexionar cuán horrible debia de ser aquel sitio en el invierno, i pro-

curé informarme de la guia i de los mineros sobre este asunto. Ellos por primera respuesta me mostraron silenciosamente las cruces, que de dos en dos, de tres en tres, i de cuatro en cuatro se dejaban ver en todas direcciones; i luego me dijeron que aunque la mina era enteramente inaccesible durante los siete meses de invierno, los mineros permanecian allí todo el año; que el frio ciertamente era intenso; pero que nada los asustaba tanto como los desapiadados temporales o ráfagas de nieve, a que estaban espuestos; las cuales venian tan de improviso, que muchos perecian envueltos en ellas, sin tener tiempo de salvarse, aunque solo se hallasen a 150 varas de distancia de la choza, como habia sucedido a varios de los individuos que yazian bajo las cruces. Con tan funestos monumentos delante de mí, se me representaba vivamente la agonía de aquellos infelizes, buscando a tientas la habitacion, i luchando contra la irresistible violencia de la tempestad que no les dejaba respirar un momento. Rastreeba yo, o pareziam rastrear, por la posicion de las cruces, las circunstancias de su muerte. Unos habian muerto apiñados en el camino: otros estraviados a mas o ménos distancia, haciendo vanos esfuerzos por hallarle. Uno de estos grupos escitaba particular compasion.

Durante un invierno rigorosísimo, en que comenzaban a escasear las provisiones (reduzidas casi enteramente a carne seca) una partida de mineros se ofreció voluntariamente a pasar la nieve i bajar al valle de Maipo en busca de víveres pasa sí i sus compañeros. Pero a pocos pasos de la choza, sobrevino un temporal, i perecieron todos. Las cruces manifiestan que todos habian perdido el camino; dos murieron juntos: otro a diez varas de distancia, i el cuarto habia trepado a la cima de un gran peñasco, desprendido del cerro, con el objeto, sin duda, de averiguar la situacion de la choza. Los alrededores, en fin, de San-Pedro-Nolasco, por todas sus circunstancias, forman la perspectiva mas melancólica i horrorosa que he visto en mi vida. . . .

Despojándome de la ropa, descendí a la mina que me habia propuesto examinar. Todas las otras estaban abandonadas de tiempo atras, pero en esta quedaban unos pocos trabajadores que recientemente habian sido enviados a ella, i la beneficiaban segun el método antiguo de los españoles, al que estos hombres habian estado acostumbrados toda su vida. Bajamos por una galería o plano inclinado, i luego nos descolgamos con suma dificultad por las muescas de los maderos, que en todas las minas de Hispano-América hazen el oficio de escaleras.* Despues de bajar como 250 piés andando a vezes por planos, llenos de lodo i nieve, en que nos hundiamos hasta media pierna, llegamos al lugar donde a la sazón se trabajaba. Era asombroso ver la fuerza con que los trabajadores manejaban sus pesados mazos, sin aflojar un momento; i por estraño que parezca, todos convenimos en que jamas habiamos visto ingleses de igual vigor, ni que trabajasen tan recio. Miéntras los barreteros laboreaban la veta, los apires† estraian el mineral a hombros. Luego que hizimos nuestras obseryaciones i recojimos algunas muestras, subimos acompañados de estos peones.

La fatiga de gatear por aquellas escalas era tan grande, que nos faltaban ya las fuerzas para seguir subiendo, miéntras los peones que venian detras (con una larga estaca en una mano, cuya estremidad hendida sostenia una vela) nos daban prisa para que no les cerrásemos el paso. El que iba delante silbaba cuando llegaba a ciertos parajes, i entónces descansaba toda la partida unos pocos segundos. Era cosa de ver cómo trepaban aquellos hombres por las muescas, embarazada la una mano con la vela con que cada cual se alumbraba, i sosteniendo una pesada carga a cuestras; bien que a vezes

* No en todas. La grandiosidad de las fábricas subterráneas de algunas minas de Méjico han llenado de admiracion a los viajeros.

† En Chile se llaman así los cargadores.

no dejaba de darme temor que tropezase alguno de los que iban delante, en cuyo caso era necesario que le acompañásemos todos los demas en su caída.

No podiamos ya de fatiga, cuando llegamos a la boca de la mina; uno de mi partida estaba a punto de desmayarse; i como el sol se habia puesto, soplaban un airecillo tan destemplado i penetrante, nos hallábamos tan acalorados, i la perspectiva era por todas partes tan lúgubre i medrosa, que nos apresuramos a volver a la habitacion, donde nos aguardaba una posta de carne, junto a la cual nos sentamos todos a la redonda en el suelo. Luego que nos refrescamos con un poco de aguardiente i azúcar, envié por uno de los apires i su carga. Entró con ella, púsola en tierra, i yo traté de levantarla, pero no pude; dos o tres de mis compañeros me la pusieron sobre los hombros, i apenas podia moverme con ella. El minero ingles que nos acompañaba era un hombre fortísimo de Cornwall, i puesto a ello, apenas pudo dar paso con aquella carga. Otros dos de la partida que probaron a sostenerla, tuvieron que renunciar a ello, temerosos de algun accidente.

La carga que probábamos, era una de las muestras que yo habia comprado a los mineros, i pesaba algo mas de lo ordinario, pero no era grande el exceso, i el apire la habia traído delante de mí por toda la subida. Miéntras a una estremidad de la sala bebiamos nuestro aguardiente aguado, sentados en nuestras sillas de montar, i alumbrados por una sucia vela de sebo, a que servia de candelero una botella, (i es de notar que solo estábamos a tres varas de distancia de un zurrón de pólvora), los pocos barreteros que habiamos visto en la mina fueron relevados por otros a quienes tocaba estar de faena aquella noche. Vinieron pues a la habitacion, i sin decirnos palabra, comenzaron a aderezar su cena, lo que hizieron facilísimamente, quitando las velas de las estacas, i poniendo en estas sendos pedazos de tasajo, que calentaron por unos pocos segundos sobre las brasas; hecho lo cual,

comieron de él, i bebieron encima agua de nieve derretida, llevándola a la boca en un cuerno. Concluida esta parca refaccion, se entregaron silenciosamente al descanso, único plazer que no les habia podido negar la fortuna. Díles el aguardiente que me quedaba, i les pregunté si tenian licores, a que se me respondió aquí, como en otras partes, que a los mineros les estaba prohibido su uso; privacion a que me parezieron completamente resignados. Comparando la trabajosa existencia de estos hombres con la alegre independencia del gaucho, no se comprende cómo hai quien se someta voluntariamente a una vida tan dura.—A. B.

XI.—*Descripcion de la cochinilla misteca i de su cria i beneficio.*

Los cocos o cochinillas pertenecen al orden de los insectos *hemipteros*, caracterizado por seis piés i cuatro alas, las superiores por lo jeneral en forma de estuches crustáceos; sin órganos masticatorios, sino solo una trompa o pico con que chupan los líquidos de que se alimentan. En las cochinillas este pico, propio de las hembras, es cortísimo i cilíndrico, i está situado entre los dos primeros pares de patitas, i armado interiormente de tres filamentos agudos, con que punzan la corteza de los vegetales para extraer el jugo. Ademas, las hembras carezen de alas, i el macho tiene solo dos, faltándole los estuches, lo cual presenta una anomalía en el orden. Estos insectos pasan, como otros muchos, por los cuatro estados de huevo, larva u oruga, ninfa o crisálide, i el de la forma perfecta, en que propagan la especie. Las orugas al salir del huevo son muy ágiles, i corren de acá para allá sobre las ramas i hojas de la planta que habitan, pero su estremada pequeñez no permite verlas sin el auxilio de un lente. Las hembras, armadas del pico que hemos dicho, sorben el jugo de la planta;

mudan varias vezes la piel; i en llegando a cierto tamaño, se fijan definitivamente en un punto, prefiriendo para su habitacion las horquillas de las ramas, donde muchas especies se construyen un nido, que tapizan de una especie de borra o felpa, i en que experimentan su segunda metamorfosis. Llegadas al estado perfecto, crecen considerablemente, conservando siempre el pico. Las larvas de los machos, que son mucho ménos numerosas, se fijan en las ramas sin tomar alimento; su piel se endureze, i adquiere la forma de una concha, en que se verifica su trasformacion en crisálides; esta concha se abre por detras, i deja salir el insecto a reculones con dos grandes alas cruzadas, i adornadas de una finísima red de nervios. El macho es mas pequeño que la hembra, i aunque haze poco uso de las alas, no deja de ser bastante ágil. Luego que sale de la concha, busca las hembras, las fecunda i muere. La hembra no tarda en poner gran número de huevos, abrigándolos en una cavidad exterior del abdómen: de allí a poco muere tambien, i la piel endurezida de su cadáver sirve de cuna a los huevos, de que nazen finalmente las larvas.

Los cocos o cochinillas son demasiado conozidos por el daño que hazen a las plantas, picando su tronco, ramos, hojas, frutos i aun raizes. Cébanse particularmente en los naranjos, higueras, olivos, duraznos, etc. Pero algunas especies son útiles a las artes, como la de la India oriental que da la goma laca; la de la China, que entra en la composicion de ciertas bujías; la que se cria en la coscoja, que da el quérmes, tintura carmesí de grande uso en Berbería i Levante, i antiguamente en Europa, donde sigue empleándose como medicamento; la de Polonia, ántes usada para los tintes de escarlata en toda Europa, i todavía en Alemania i Rusia; i en fin la preciosa cochinilla mejicana, que en clase de tinte, ha llegado casi a desterrar del comercio las otras especies, i sin duda las haria olvidar